

que era mejor no informarla, ya que no la veían lo suficientemente fuerte como para vivir la transparencia como ellos lo hacían.

Y mientras Beauvoir descubre en profundidad a su joven amante, que durante largo tiempo lo había considerado como un ser intocable, ¿qué hacía Sartre? El nunca perdía la marcha, y por aquel entonces se afanaba en la conquista de la hermana menor de Olga, a la vez seguía saliendo con ésta que no estaba dispuesta a finalizar su relación, y también se trabajaba a una alumna que salía con Merleau-Ponty y al que se la consiguió quitar.

Después de tres semanas de convivencia con Bost, Beauvoir y Sartre emprendieron solos un viaje a Grecia. Cada año, y durante toda su vida, los dos reservaban algunas semanas para pasarlas en la más estricta intimidad, generalmente aprovechaban este tiempo para hacer un viaje al extranjero.

La filosofía de fondo de Sartre es él quien mejor la cuenta: «En cuanto a la vida misma —explica—, había que vivirla a la buena de Dios, de cualquier manera». Beauvoir le eligió a él y le aceptó con todas sus consecuencias, convencida de que uno debe asumir la responsabilidad de todos sus actos y de todos sus pensamientos.

Su segundo amor contingente, Beauvoir lo encuentra en 1947, diez años después del descubrimiento de Bost. Se trata de Nelson Algren, un escritor americano que describía en sus novelas la vida de los bajos fondos de Chicago. Se enamoraron perdidamente, pero por parte de Simone, no hasta el punto de olvidarse de que «su vida estaba en Francia, y para siempre».

Al regresar a París, trastornada por su nuevo amor americano, comunicó a Bost que a partir de entonces ya no serían más que amigos, pues otro tipo de relación para ella había dejado de tener significado. Quedaba aclararse con Sartre que se encontraba enredado en otro nuevo lío amoroso, esta vez con una actriz llamada Dolores que había conocido en América, que estaba decidida a divorciarse de su rico marido para casarse con él.

Cuando Simone planteó su problema, Sartre se debatía con los suyos propios: le atraía mucho Dolores pero no estaba dispuesto a cambiar su vida que le permitía combinar sus amores contingentes, su trabajo de escritor y su amor esencial.

## Nuevos encuentros con Algren

En medio de aquellos avatares, Beauvoir decidió volver a América para reunirse otra vez con Algren. Y así lo hizo. Pasaron dos semanas de felicidad y descubrimiento mutuo, hasta el punto de que Algren entusiasmado le pidió que se quedara. Simone le habló del pacto inquebrantable que existía entre Sartre y ella, pero él no comprendió nada. A partir de aquel momento, y durante varios años, Simone batalló por mantener y conciliar su relación de amor con Sartre y, al otro lado del Atlántico, con Nelson Algren. Esta etapa de amor y tormento ha quedado recogida en las mil ochocientas páginas escritas por Simone a Nelson, llenas de calor y ternura, pero en las que también deja claro que la separación no le asusta: «No debemos sentirnos separados. Al contrario, cuando volvamos a vernos, dentro de nueve o diez meses, estaremos más cerca, ten-

dremos todavía más intimidad que cuando nos encontramos separados. Tenemos que tratar de vivir juntos estos meses».

Después de su segundo encuentro con Algren, de nuevo éste le planteó que se quedara definitivamente con él, y una vez más Simone le explicó que le era imposible. Todavía hay más encuentros, y cada uno de ellos, acaba siendo más conflictivo. El tenía bien claro que necesitaba casarse con ella para entregarse mutuamente sus vidas sin tenerla que compartir con terceros. Ella era consciente de que ambos tenían sus vidas hechas y de que no era cuestión de trasplantarlas a otra parte. En *La fuerza de las cosas* dice: «Aunque Sartre no hubiera existido no habría fijado mi residencia en Chicago: y si lo hubiera intentado no habría soportado por cierto más de uno o dos años un exilio que arruinaba mis razones y mis posibilidades de escribir. Por su parte, aunque yo a menudo se lo haya sugerido, Algren no podía instalarse en París ni siquiera la mitad del año; para escribir necesitaba estar arraigado en su país, en su ciudad, en el medio que se había creado». En la abundante correspondencia que dura un considerable período de tiempo, el escritor americano continúa exponiendo su deseo de tener «un lugar mío para vivir con una mujer mía y con un hijo mío». Y la respuesta de la escritora francesa es: «Anhelar estas cosas no es excepcional, es un deseo muy común pero yo nunca lo había sentido».

Un día Algren le comunicó que hacía algunos meses que se había vuelto a ver con su ex mujer y que pensaba volver a casarse con ella. Tuvieron aún un último encuentro que acabó fatal, a pesar de que ella puso todo su empeño para conseguir una suave despedida en lugar de una brusca ruptura. En *La fuerza de las cosas* escribe: «Por fin dije que estaba contenta de mi estadía y que por lo menos quedaba entre nosotros una verdadera amistad». Pero la respuesta del amante americano fue tajante: «No es amistad, me dijo brutalmente. Nunca te podré dar menos que amor».

Al regresar a París, Simone recibió una carta de Algren en la que resumía de forma totalmente clarificadora: «Se puede sentir afecto por alguien, pero ya no aceptar que dirijan y destrocen tu vida. No es aceptable amar a una mujer que no te pertenece, que hace pasar otras cosas y otras personas antes que tú sin que nunca sea cuestión de pasar primero. No lamento ninguno de los instantes que hemos pasado juntos. Pero ahora quiero otro género de vida con una mujer y una casa mías... La decepción que sentí cuando hace tres años comencé a darme cuenta de que tu vida pertenecía a París y a Sartre, ahora es vieja y se ha atenuado».

Finalizada esta aventura de amor y dolor, Beauvoir comenta: «No me arrepiento de que haya existido. Nos ha dado mucho más de lo que nos ha arrancado».

### **Mantener «cierta fidelidad»**

En los varios miles de páginas que forman las *Memorias* de Simone de Beauvoir, la autora francesa se pregunta con frecuencia: ¿hay conciliación posible entre la fidelidad y la libertad? ¿A qué precio?

De la fidelidad integral comenta que es muy recomendada, poco observada y sentida ordinariamente por los que se la imponen como una mutilación. Desde siempre el matrimonio tradicional ha permitido que el hombre trampee en el contrato, sin reciproci-

dad. Beauvoir observa que en la década de los sesenta cada vez van siendo más las mujeres que van tomando conciencia de sus derechos y de las condiciones de su felicidad: «si en su propia vida nada compensa la inconstancia masculina —comenta— las roerán los celos y el aburrimiento». Llega entonces a la conclusión de que la salida para la pareja se encuentra en el pacto que Sartre y ella mantenían desde hacía tiempo: «mantener a través de las separaciones “cierta fidelidad”». No duda que la empresa tiene sus riesgos: «puede ser que uno de los dos integrantes de la pareja —dice— prefiera sus nuevos vínculos a los antiguos y que el otro se estime entonces injustamente traicionado; en lugar de dos personas libres se enfrentan una víctima y un verdugo».

Al revisar su planteamiento de vida, Beauvoir reconoce que Sartre y ella habían sido del todo ambiciosos al haber querido conocer «amores contingentes». Pero reconoce que habían olvidado una cuestión: «¿cómo se acomodaría el tercero a nuestro orden?» Ella misma responde: «Aconteció que se adaptaba sin esfuerzo: nuestra unión dejaba bastante lugar para amistades y camaraderías amorosas, para romances fugaces. Pero si el protagonista deseaba más, estallaban los conflictos.» Tuvieron muchas ocasiones de comprobarlo: las más por parte de Sartre, y en lo que respecta a Simone, Nelson Algren fue un caso clarísimo.

Aún así, en cuestión de amoríos, Beauvoir no paró su marcha, y si como dice el refrán, «no hay dos sin tres», cumplidos los cuarenta años tuvo un tercero y último amante. «Cuando se me ofreció la ocasión de renacer una vez más —cuenta en sus *Memorias*—, la tomé». Tenía cuarenta y cuatro años y Claude Lanzmann diecisiete menos que ella: «Esto no nos asustó —escribe Simone en *La fuerza de las cosas*—. Por mi parte, necesitaba distancia para comprometer mi corazón, ya que no se trataba de calcar mi relación con Sartre. Algren pertenecía a otro continente. Lanzmann a otra generación; era también un cambio y ello equilibraba nuestras relaciones. Su edad me condenaba a no ser más que un momento de su vida: esto disculpaba, ante mis propios ojos, el hecho de que no le diera hoy todo de la mía. Por otra parte, tampoco me lo pedía: me aceptó entera, con mi pasado y mi presente. De todas maneras, nuestro acuerdo no se hizo en un instante».

Durante los seis años largos que duró la convivencia con Lanzmann, Simone cuenta que se vio liberada de su edad, y en gran parte, de su angustia. En cuanto a su relación con Sartre, ella cuenta: «Seguí viéndolo tanto como antes, pero adquirimos hábitos nuevos». Las relaciones con su tercer amante también terminaron. «Era normal —dice Simone—, era fatal, y luego de reflexionar, hasta deseable para los dos. Pero el momento de reflexionar aún no había llegado. La acción del tiempo siempre me ha desconcertado, tomo todo como definitivo, y por ello el trabajo de la separación me fue difícil. A Lanzmann también, por otra parte, aunque la iniciativa hubiese venido de él».

## Vivir sin tiempo muerto

Vivir sin tiempo muerto fue uno de los eslóganes de mayo del 68 francés, que a Beauvoir emocionaba especialmente, por la sencilla razón de tratarse de algo que ella intentó hacer desde su infancia. Su cabeza y su corazón siempre funcionaron a tope. Un capítulo que también tuvo mucha importancia en su vida y del que no hemos hecho mención

al hablar de sus amores, fue el de la amistad, entre las que destacan las amistades femeninas, no por numerosas, sino por profundas, fieles y afectuosas. Son de mencionar, entre otras, las estrechas relaciones con su hermana, con Olga, con N. Sorokine, con Violette Leduc, con Bianca y, sobre todo con Sylvie Le Bon, que comenzó en los años sesenta.

Simone explica en *Final de cuentas*: «Cuanto más conocía a Sylvie, más afinidades sentía con ella. Era, como yo, una intelectual, apegada apasionadamente a la vida. Se me parecía en otras cosas, a pesar de los treinta y tres años de diferencia; se repetían en ella mis virtudes y mis extravagancias. Tenía un don muy raro: sabía escuchar. Por sus reflexiones, sus sonrisas y sus silencios hacía hablar, y aun hablar de uno mismo; también yo la tuve al día respecto de mi vida, informándola detalladamente de mi pasado. Nadie habría podido aprovechar mejor que ella lo que yo podía darle; nadie habría apreciado mejor que yo lo que recibía de ella. Me gustaban sus entusiasmos y sus cóleras, su seriedad, su alegría, su horror a la mediocridad, su generosidad y su prudencia».

Sylvie Le Bon y Simone de Beauvoir fueron íntimas amigas hasta la muerte de esta última. Su estrecha unión está recogida en *Final de cuentas*: «Podemos vernos todos los días. Está mezclada en mi vida como yo en la suya. Conoce a todos los que me rodean. Leemos los mismos libros, vamos juntas a los espectáculos, damos largos paseos en coche. Tal reciprocidad me hace perder la noción de mi edad: me arrastra hacia su futuro y por momentos el presente recupera una dimensión perdida».

En una entrevista con A. Schwarzer en 1984, recordando su vida, Simone dice: «Siempre he tenido grandes amistades entre las mujeres. Muy tiernas, a veces incluso de una ternura acariciadora. Pero nunca despertaron en mí pasión erótica alguna».

En cuanto a la homosexualidad opina que «en sí, es tan limitadora como la heterosexualidad: lo ideal debería ser el poder amar lo mismo a un hombre que a una mujer, da igual, un ser humano, sin sentir miedo, limitación ni obligación alguna».

Una vez más, y muy cerca ya del final de su existencia, Simone de Beauvoir exponía lo que había sido el telón de fondo de su vida y de su obra: el amor y la libertad, que cuando se dan a la par, son la sal de la tierra. Si el amor quita la libertad, la sal se hace insípida. Sólo la libertad le devolverá el sabor.

**Isabel de Armas**

Memorias de una joven formal. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

La plenitud de la vida. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

La fuerza de las cosas. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

Final de cuentas. *Simone de Beauvoir*. Editorial Edbasa.

La invitada. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

Los mandarines. *Simone de Beauvoir*. Editorial Sudamericana.

Simone de Beauvoir. *Biografía de Claude Francis y Fernande Gontier*. Editorial Plaza&Janés.

Cartas al Castor y algunos otros. *Jean Paul Sartre*. Edición, presentación y notas de *Simone de Beauvoir*. Editorial Edbasa.

Simone de Beauvoir aujourd'hui, Six Entretiens. *Alice Schwarzer*. *Mercure de France*.

Para qué la acción. *Simone de Beauvoir*. Ed. La Pléyade.